

arriba. El pastor, ó bien este joven (y me señalaba), nos servirá de guía. Vamos, amigo mío, ¿consentís?

—Sí, con tal que tengáis un guía para sosteneros; pero el pastor es muy viejo y ese joven no es guía tanpoco.

—Eso no importa—respondí;—puedo guiar por el pico Bergouz, donde los viajeros no corren ningún peligro y no es, por este motivo, indispensable un guía de oficio.

¿Por que dí esta respuesta que debía decidir mi destino? Lo ignoro. Hay momentos en que no tenemos conciencia de la impulsión que recibimos. Esta impulsión nació en mí de la mirada suplicante, é imperativa al mismo tiempo, que la joven me dirigió.

Recibí con un movimiento de sorpresa prontamente reprimido el paletó y el quitasol que el inglés arrojó negligentemente sobre mi hombro, y eché á andar delante.

Estaba picado por no sé qué curiosidad, al mismo tiempo que sufría extraña fascinación. Aquella joven me recordaba la emoción que había sentido en Burdeos al ver durante dos ó tres segundos la poética figura de Manuela Pérez. Era, por lo que yo podía acordarme, un tipo de la mis-

ma clase, ni alta ni baja, más bien delgada, con inimitable gracia, cabellos oscuros ó negros; pero ésta tenía más distinción y menos viveza. Era una parisíen *pur sang*; su acento no dejaba la más pequeña duda.

V.

Estaba, como ya he dicho, bajo el imperio de una fascinación completa, y al mismo tiempo debo añadir que de una desconfianza singular. Mi educación, mi naturaleza, la influencia de la casta atmósfera en que siempre había vivido, habían hecho de mí un compuesto raro de impetuosidad y de prudencia; pero llegaba el momento en que la juventud y la inexperiencia recobraban sus derechos.

La joven que tanto me preocupaba iba andando delante de mí apoyada en el brazo de su marido; no se tuteaban, y él la llamaba Elena y la juraba que no le causaba absolutamente nada aunque se apoyase bien en su brazo. Ella respondía que estaba segura de lo contrario y que la dejase andar sola.

La cuestión estuvo pronto resuelta, porque el

sendero era muy estrecho y la joven tuvo que quedarse entre nosotros dos. Después el terreno se hizo escarpado, y el inglés quiso ir por el lado próximo al abismo, á fin de impedir que al verle su compañera fuera acometida del vértigo. La joven tuvo miedo por él, y viéndole vacilar dos veces, le dije forzando mi acento meridional, pues su equivocación al creerme un labriego me divertía y quería hacerla durar todo el tiempo posible:

—Perdonad, caballero. Desde el momento en que me habéis tomado por guía tengo responsabilidad. Es necesario que me dejéis sostener á la señora y que paséis delante de nosotros separándoos del abismo.

Consintió con la tranquilidad de un *gentleman* que no puede tener celos de un rústico.

La joven apoyó su pequeña mano sobre mi hombro. Una vez nos encontramos interceptando nuestro camino el pico de una roca, y como no la podía salvar por sí sola, la levanté rodeando mi brazo á su cintura.

Seguimos subiendo así cerca de media hora, lo cual era para mí, que no me causaba nunca, un agradable paseo. También la joven parecía incansable y ligera; pero el inglés estaba anhelante.

—¡Pobre amigo mío!—dijo la joven en voz alta

y como hablándose á sí misma, en un momento en que su marido se había quedado atrás;—esto es demasiado rudo para él: se cree siempre joven.....

—¿Y no lo es?—dije afectando sencillez, impulsado quizá por un mal sentimiento.

Ella se volvió hacia mí y me miró al principio con expresión de enojo; pero se ruborizó como si la hubiese humillado la comparación que podía establecer entre mi juventud y la vejez de su marido.

Quise que me hablase.

—Perdonad—le dije— creí que hablabais conmigo..... y como me habéis tomado por otra cosa de lo que soy.....

—¿Pues qué sois?

—Un hombre muy mal educado, un cazador de osos.

—¡Ah! debe ser divertido eso de cazar osos. ¿Habéis cazado muchos?

—Muchos.

—Será muy peligrosa esa caza, ¿verdad?

—Muy peligrosa.

—¿Y no habéis tenido miedo nunca?

—Cuando se tiene miedo á los osos, se es hombre muerto; y pues que me veis aquí.....

—¿Cómo hacéis para matarlos?

—A la antigua manera del país, que sigue siendo la mejor: se rolla la capa alrededor del brazo izquierdo y se presenta á la fiera, que se dirige á él inmediatamente. Entonces, con la mano derecha se la clava un puñal en el corazón.

—¡Ah, es horrible! Debe ser aún más conmovedor que las corridas de toros que he visto en España.

—¿Venís de España?

—No, vengo de Londres; pero también he estado en España. Mi marido es muy aficionado á los viajes.

—¿Y vos también?

—A mí me van cansando algo; pero héle aquí. No habléis delante de él de caza de osos, porque tal vez querría ir y me tendría muy inquieta.....

—Debe ser un excelente marido.

—Es un ángel—respondió, mirándome fijamente como para decirme que una mujer como ella no temía la familiaridad de un hombre como yo.

Al mismo tiempo llegaban el *gentleman* y los dos mozos con la silla. La joven subió á ella rogándome que no dejase sólo á su marido.

Yo pensaba que ya no era necesario, y al mis-

mo tiempo deseaba seguir con ellos; así es que cuando el inglés me dijo «venid, joven, no quiero haberos molestado por tan poco», pensé que ya tendría tiempo de renunciar el dinero y que entretanto podía aceptar el paseo.

Trató de seguir á la silla de manos, pero pronto tuvo que renunciar á ello; y como su mujer no le veía ya porque estaban muy delante, me pidió mi brazo con mucha política y bondad. Yo le había tomado por un anciano hermoso, pero algo ridículo, y ví que me había equivocado en esto último. Era un hombre muy simpático, que luchaba contra los primeros achaques de la vejez por no disgustar á los demás.

—Yo he sido un gran andarín—me dijo deteniéndose un momento—no un hércules como vos; pero sí un cazador fuerte, activo y apasionado por el peligro. Ahora ya la edad me va haciendo sentir su peso. Iré hasta donde pueda, y después me resignaré.

—Hacéis bien en luchar—le dije—pero no con demasiada violencia. ¿Qué edad tenéis?

—No la oculto, sesenta y dos años..... ¿Y vos, hijo mío?

—Veinticuatro..... Pero no habléis, os falta la respiración; tenéis un principio de asma, pero no

por eso os diré que es necesario que no os mováis; precisamente soy de opinión contraria. He visto asmáticos cuyo mal estaba en principio, curar con un ejercicio moderado, pero continuo, para devolver al órgano enfermo sus funciones normales.

—Pero—dijo deteniéndose y mirándome con fijeza—estáis hablando como un médico, mejor que un médico, pues el mío me prescribe el descanso.

—Entiendo algo de medicina: en la montaña hay que saber de todo un poco. ¿Queréis hacerme el obsequio de permitir que os examine un instante? Respirad lo más fuerte que podáis.

Obedeció.

—Pues bien. Os respondo de que os podéis curar si tenéis paciencia y perseverancia. Andad todos los días, pero no tanto como hoy. Esto es demasiado.

El inglés me miró sorprendido. Me hacía traición á mí mismo: estaba fuera de mi papel.

Como los mozos que llevaban la silla iban á paso gimnástico, y por consiguiente nos habían adelantado mucho, la joven había ordenado que se detuviesen para esperar á su marido.

Había salido de la silla y venía á nuestro encuentro.

—Ahora quiero andar yo—dijo—y que vos vayáis en la silla.

El inglés se negó. Delante de la joven procuraba disimular su fatiga, y me pareció notar en sus miradas inquietas el temor de que fuese á pronunciar delante de ella la palabra asmático; pero creí deber insistir, y la joven me secundó.

—Querido amigo—le dijo con una gracia encantadora—hoy no estáis bien, no andáis como de costumbre. Si rehusáis—añadió bajando la voz—ereeré que ya no me amáis.

Pareció vencido y cedió. Los mozos emprendieron su paso gimnástico, y al poco tiempo estaba solo con *ella*.

—¡Tenemos que hablar ahora, señor doctor! Los mozos acaban de decirme muchas cosas que ignoraba. Tenéis el título de médico á los veinticuatro años, lo cual es muy bonito; sois de una familia muy buena y muy estimada; váis á ser el asociado del médico de las aguas de *Saint-Sauveur*; en fin, sois un hombre distinguido y hasta un hombre de mundo cuando queréis, puesto que os burláis de los pobres viajeros engañándoles con ese traje y diciendo que sois un cazador de osos en lugar de Laureano Bielsa, propietario de la linda casita en que nos hemos detenido tantas ve-

ces. ¿Por qué esta comedia, y qué placer encontráis en burlaros de personas que ni siquiera conocéis?

Respondí que yo no había ofrecido mis servicios, sino que me los habían reclamado sin consultarme; que no extrañé aquel desprecio y que acepté una lección debida á lo rústico de mi traje y de mi persona.

—¿Estáis ofendido con mi marido? Pues hacéis mal; es algo distraído: hay que convenir en que la costumbre de ser ricos inclina á los ingleses á creer que con el dinero se puede mandar á todo el mundo como á un criado; pero si conocieseis á Sir Ricardo Brundel, se lo perdonaríais todo. ¡Es el hombre más afable del mundo, el más bueno, el más cariñoso, el mejor que existe! Vamos, olvidad esa ofensa ó yo no olvido á mi vez la de que me hayáis engañado.

—¿En qué?

—Pues en nada. ¿Cuántos osos habéis cazado?

—Si hubieseis preguntado más á los mozos, de fijo os hubieran informado mejor. He matado siete osos, con cuyas garras podéis ver festoneada la puerta de mi casita. Las pieles las he regalado á nuestros amigos y he repartido las primas que dan los pueblos con mis compañeros.

—En ese caso me rindo..... sois un hombre extraordinario y nos vemos obligados á disculparnos.....

—Acepto vuestras disculpas, y en cuanto á Sir Ricardo, hemos hecho ya las paces y una consulta en regla.

—¡Ah! ¿acaso se siente mal?

—No temáis; vivirá mucho tiempo.

—¡Dios os escuche! Por esas palabras, y para sellar el perdón que nos concedéis, dadme la mano.

Recibí con emoción su pequeña mano en la mía, y no me atreví á estrecharla.

—Vamos—dijo ella;—á la inglesa; ¡*Shake!* ¡*Shake!* Apretad, apretad: creí que sabíais inglés. En cuanto á mí, no le aprenderé jamás. Es una lengua que detesto. Me gusta el español, pero en el fondo sólo quiero el francés, la Francia y Paris.

—¿Habéis nacido allí?

—De padres pobres; mi infancia ha sido muy humilde; más tarde he sido rica y nada feliz. Sir Ricardo me amó, fué mi providencia y ahora no tengo nada que desear.

—¿Habéis sido casada otra vez?

—No. ¿Por qué esa pregunta?

—Cree comprender.....

—¡Ah! Mi historia sería demasiado larga de contar y nada alegre. Habladme de vos. ¿Váis en efecto á estableceros aquí?

—Aun no lo sé.

—¿No pensáis en casaros?

—Es demasiado pronto.

—¿Según eso, aun no amais á nadie?

Esta brusca pregunta me hizo enrojecer como un niño, y respondí que aun no había amado.

—¿Y cómo es eso?—continuó ella con la misma franqueza que hubiese interrogado á una joven-cita.

—No he tenido tiempo.

—Ah, sí; ¡el trabajo, el deber! Sois un hombre serio. Sir Ricardo no ha tenido una juventud tan tranquila. Parece que ha sido uno de los hombres más brillantes de su tiempo y que á vuestra edad había tenido ya muchas aventuras.

—¿Os las ha contado él?

—Nunca; lo he oído decir. ¿Pero de qué os estoy hablando? Soy una aturdida. Tengo la costumbre de decir mis pensamientos en voz alta. Mi educación ha sido tardía, incompleta. Mi marido es quien me ha civilizado con una paciencia y una bondad de ángel.

La pendiente se hizo más rápida y la joven cesó de hablar, aun cuando parecía tener deseo de que continuáramos nuestra conversación.

Yo sentía un gran atractivo hacia ella; me parecía cándida, buena y de una gracia irresistible. Había, sin embargo, algunos momentos en que la encontraba desprovista de tacto y demasiado comunicativa conmigo á quien apenas conocía.

Sin duda sir Ricardo al casarse había sido indulgente con aquella joven candorosa, de quien sólo había visto el encanto, disculpando la falta de su primera educación, que se revelaba á mis ojos, al pronto deslumbrados y admirados. Se pensará tal vez que yo era difícil de contentar para ser hombre de tan modesta condición; pero á despecho de los sermones de Vianne y de mi misma reflexión, era un idealista llevado por naturaleza á mirar siempre todo bajo un punto de vista menos práctico de lo que realmente era.

Y, además, tenía ante mis ojos un punto de comparación: era éste el marido de aquella mujer, cuya distinción alababa ella tanto. Se notaba en él la aristocracia natural desarrollada por la reflexión y la voluntad. Ella también había nacido elegante. Su naturaleza física era de primer orden, y debía rechazar instintivamente todo lo que no

fuera superior; pero, ó carecía de cultura, ó su inteligencia no era grande.

Sir Ricardo había llegado á la cima y contemplaba el país. Hacía un tiempo hermosísimo y el día estaba claro y espléndido.

Como era la primera vez que aquellos viajeros recorrían el interior de los Pirineos, empecé á detallarles todas las localidades del admirable panorama que se extendía ante nosotros. No había un surco ni una roca que no hubiese recorrido y cuya historia geológica no me fuese fácil contar.

Aunque el *gentleman* supiese ya perfectamente quién era yo, parecía no extrañar nada.

—Gracias, doctor—me dijo con el tono más natural del mundo cuando hubo acabado el capítulo de las interrogaciones.—Sois un guía inapreciable, con el cual es una fortuna tropezar. El sentimiento de separarnos aquí sería muy vivo para nosotros. ¿No podríais prolongar un poco nuestro placer aceptando el comer con mi mujer y conmigo en casa de vuestro arrendatario, ó en la fonda de San Juan de Luz donde nos hospedamos? Pensadlo y decidme que sí, si no queréis causarme una pena.

Hablaba así con una gracia perfecta, sin parecer sorprendido ni arrepentido de su error; por el

contrario, buscaba por este medio ocasión para trabar amistad conmigo, lo cual era mucho más amable é ingenioso que excusarse.

Acepté la comida en San Juan de Luz, donde tenía que hacer, y temiendo ser indiscreto si permanecía más tiempo á su lado, quise retirarme; pero me retuvieron, y accedí á permanecer á su lado en vista de sus reiteradas instancias.

Bajamos todos á pie. La señora de Brundel aceptó de cuando en cuando mi brazo y tuvimos algunos apartes.

Era decididamente una persona amable, buena, deseosa de agradar y nada coqueta. Noté que hasta con los mozos que conducían la silla era amable y cariñosa. La preocupación, ó más bien el distintivo de su carácter, parecía ser una continua efusión de benevolencia. Tenía talento natural y no trataba de disimular su ignorancia, preguntándolo todo y extasiándose con cualquier motivo como una niña curiosa, dócil, excelente y adorable en sus cuidados y gracia con su anciano esposo. Exhalaba un perfume de candor que no dudé un instante que le amaba por encima de todo. Él era á su vez tan digno de ser amado, que no tenía nada de extraño.

La joven habló poco en la comida; estaba fati-

gada y se retiró en seguida. Debían partir al día siguiente por la mañana temprano para Bagneres-de-Bigorre. Creí que debía retirarme, pero Sir Ricardo me detuvo.

—Permitidme unas palabras aún—me dijo.—Tengo algunas preguntas que dirigiros. Vamos al balcón, y entretanto fumaremos un cigarro.

Me habló de su salud.

—No es que me preocupe por mí—me dijo, ofreciéndome el mejor cigarro que había fumado en mi vida;—pero cuando hablo de mi salud es para decidir algo y quedarme conforme con la decisión tomada. ¿Ha sido por hablar, ó ha sido cosa pensada, lo que me habéis dicho hoy en la montaña, de que con un buen régimen podría, si no curar, al menos conservarme?

—Ha sido en la más completa convicción de mis palabras.

—Entonces, estáis en completo desacuerdo con mi médico, y os doy la razón, porque su régimen me debilita, y en cuanto no he seguido sus prescripciones me he sentido mejor. Era un muchacho amable y distinguido, que llevaba siempre conmigo hasta en mis viajes; pero nos separamos porque no estábamos de acuerdo en este punto. Creo que estaba cansado de nuestra vida errante

y que deseaba que nos fijásemos en cualquier parte para hacer una buena clientela. Estaba en su derecho, y sin embargo, no creo que haya sido muy acertado en su elección, porque tenía en mi casa diez mil francos por año de honorarios, lo cual era una buena posición para un joven.

—Creéis, por lo que veo—repliqué—que se ha equivocado sobre la naturaleza del régimen que debíais seguir. Pues bien, antes de participar en absoluto de vuestra opinión necesitaría conoceros y examinaros más. Me sería necesario ante todo auscultaros.

—Pues ahora mismo—replicó vivamente.—Venid á mi habitación.

Resultó de mi examen y de sus respuestas á todas las preguntas que tuve que dirigirle, que aun estaba lleno de salud y podía vivir diez años ó más sin enfermedades que provinieran de su constitución. Aprobé su vida, no de viajes continuos, pero sí de locomoción frecuente y de cambios apropiados á las fases de su afección; se trataba sólo de tener mucha constancia y mucho método, y él mismo podía ser su propio médico.

Iba á despedirme, y de nuevo me detuvo.

—¿Estáis decidido—me dijo—á haceros el médico de estas aguas?

Yo estaba casi decidido á no serlo, y le expliqué mis razones.

—¿Y en Pau con vuestra familia?

—No hay ahora ni una sola plaza vacante por aquellos alrededores. Como supondréis, me he informado bien.

—Entonces, puesto que estáis libre, aceptad mis ofrecimientos.

—¿Vuestros ofrecimientos?

—¿Pues no me habéis comprendido? Deseo daros diez mil francos de renta, á condición de que viajéis conmigo ó viváis conmigo todo el tiempo que encontréis en ello gusto y ventajas.

Sorprendido de esta pronta determinación por parte de un hombre que no me conocía, pedí tiempo para reflexionar, y añadí que si aceptaba sería con la condición de comprometerme sólo por un mes, porque no creía que sir Ricardo tuviese necesidad de dar diez mil francos al año á un médico exclusivamente á su servicio, pudiendo quizá curarse solo.

Mis escrúpulos aumentaron su deseo de llevarme con él.

—Os doy ocho días para reflexionar—me dijo— porque tenéis también necesidad de informaros con quién vais á ir; pero no acepto vuestro mes

de prueba. Yo soy el único juez de la necesidad moral que puedo tener de un médico. Conque consultad con vuestros amigos y vuestra familia. Si no aceptarais, escribídmelo así á Perpignan dentro de ocho días, y de lo contrario id allí á reuniros conmigo.

Me dió una tarjeta, y al día siguiente partí hacia Pau.

Mi madre se sorprendió mucho y se estremeció al nombre de sir Ricardo Brundel.

—¡Él!—exclamó; — ¡sir Ricardo! Yo le creía para siempre en Inglaterra; ¿y dices que está casado?

Por este estilo me hizo muchas preguntas, y cuando le hube dicho todo lo poco que sabía de la mujer y todo lo bien que pensaba del marido, me contestó:

—En cuanto á ese, no te engañas. Cuando yo le conocí era un hombre digno y bueno, muy estimado en la familia de Mauville; ¡pero hace tantos años de esto!.... Y además, ¿dónde va á llevarte si sigue aún con esa pasión por los viajes?

—Sus viajes no serán ni lejanos ni peligrosos, porque tiene una mujer que no participa de sus gustos y que está algo delicada.

—¿Está muy enamorado de ella?

—Parece que sí.

—Tiene mucha edad para que esa joven participe de su pasión. Tú eres joven y no feo. ¿No temes que algún día tenga sir Ricardo celos de tí?

—Podemos separarnos si eso llegase á suceder; pero no daré yo lugar á que las sospechas crucen por su imaginación, haciéndome aparecer indigno de su confianza.

—Veo que tienes deseo de aceptar.

—Sí. Tengo gana de ganar desde mañana lo que no ganaría de otro modo en diez años. También deseo viajar, porque creo que así se aprende mucho. Sin embargo, como no quiero disgustarte, si quieres, rehusaré.

—No, no tengo derecho á perjudicar tu porvenir..... y además.....

—¿Y además que?....

—Nada. Hablaba conmigo misma. Acepta.

Se levantó, y cogiendo mi cabeza entre sus manos, la cubrió de lágrimas y besos.

Después, separándose de mí con visible esfuerzo, me dijo:

—Parte mañana, y sin decir nada á Juana, que no sabe como yo dominar sus sentimientos. Yo me encargo de hacerla comprender que debías aceptar.

—Si mi hermana y tú habéis de tener un sentimiento, no aceptaré; pero ¿creéis acaso que voy á expatriarme? ¿Habíais esperado que podría establecerme á vuestro lado?

—No, no nos hacíamos ilusiones; pero las mujeres creen siempre que se hará en su favor un milagro.

—¿Y quién sabe si ese milagro no se hará más tarde? Tén seguridad de que si la Providencia está á tu favor, el milagro se hará: también yo lo deseo..... además, si Juana quiere por fin á mi buen amigo Vianne, serás bastante feliz para esperar con más calma mi regreso. ¿Qué piensa Juana?

—¡Ah! no sé—respondió mi madre suspirando. —Parte sin decirle nada, porque será mejor, y parte pronto, para no darme tiempo á arrepentirme.

—Dime—la pregunté al día siguiente en el momento de separarme de ella,—¿cómo es que tú conoces á sir Ricardo, y él, á pesar de saber mi nombre, no me ha hablado de tí?

—Háblale de Adela Maesart, y tal vez se acuerde. No me ha conocido casada y no sabe el nombre de tu padre. Dile..... no, no le digas nada; le recordaría cosas tristes. Sin embargo, si se presenta ocasión sin que tú la busques, háblale del

castillo de Mauville; observa sus respuestas y gestos y me los transmitirás; pero no tengas prisa, aunque lo que te digo tiene para mí mucha importancia. ¡Qué singular es este encuentro entre él y tú!

—Vamos, explícame tu extrañeza y tus reticencias, porque tengo curiosidad.

—Si fuera un secreto mío, te lo diría en seguida; pero debo callarme.

—¿Concierne acaso á mi padre?

—¡Oh, no! ni á tí tampoco. Háblale del castillo de Mauville y..... veremos.

VI.

Al cabo de una semana llegué á Perpignan y me dirigí al hotel que indicaba la tarjeta de sir Ricardo. Este había salido, y me recibió su esposa con grandes muestras de alegría.

—¡Querido doctor! ¡qué placer nos dais!—me dijo.—Por mi parte hago más que daros las gracias, ¡os bendigo!

Vió la sorpresa que me causaba esta acogida, y añadió:

—¡Ah! ¡porque no sabéis que mi marido tiene pasión de ánimo. El otro médico le había persua-

dido de que tenía algo en el pecho, una enfermedad mortal, y vos le habéis quitado ese temor que le mataba.

—Creo que exageráis un poco. Vuestro esposo no me ha parecido tan inquieto como decís.

—Pero, en fin, ¿vos creéis que está enfermo? Decidme la verdad, porque tengo valor y le cuidaré sin que me conozca nada.

—No tendréis necesidad de vuestro valor. Sir Ricardo no tiene nada que temer por ahora. Sólo tendréis que conformaros con mis prescripciones, y aunque estéis muy cansada de viajes, tendréis que continuar si lo juzgo necesario.

—Haré lo que gustéis si lo ordenáis, doctor. Además, me agradan los viajes. ¿Os he dicho alguna vez que me disgustaban?

—O no os acordáis de vuestras palabras, ó no pensáis siempre lo mismo.

La joven me miró fijamente. Sus dulces ojos se iluminaron y después se echó á reír.

—¡Tenéis razón!—exclamó.—Hablo muchas veces sin darme cuenta de lo que digo. Sir Ricardo se divierte mucho con mis contradicciones.

Acepté esta explicación llena de bondad..... ¿Por qué me causó mal humor? ¿Qué derecho tenía yo para hablar así? Estaba tan confundi-